



EL IMPERIO ESPAÑOL TIENE IMITADORES

En las abruptas tierras de yankilandia se piensan que las mesnadas de las barras y estrellas han realizado una proeza única al reunir bajo su bota una vasta parte del mundo conocido, que por primera vez se ha unificado la Tierra al son del dólar y la cacola; su padre.

Al americano, ese ser tan simple que en cuanto le surge algo complicado se ve impotente para solucionarlo —ahí están el asesinato de Kennedy y el Watergate— comiendo maíz sintético mientras ve la televisión no se le podía ocurrir por sí solo inventar el medio de hacerse con la hegemonía universal. Y tuvo que copiar. A nosotros, naturalmente. Toda su política es una burda y descarada imitación.

Imposible de descubrirla, no por eso dejó de colonizar Sudamérica, sentando las bases de su imperio. Allá fueron los agentes de la CIA creyéndose Pizarro o Cortés; las multinacionales explotan a los indígenas en su provecho como los encomenderos de antaño, sin que ahora surja un Las Casas que haga oír su voz; y poco a poco sus telefilmes tra-

tan de introducir su lengua y su cultura. Si no hacen lo mismo con su religión es porque saben que no es la verdadera.

Conscientes de que el Imperio sólo se consigue guerreando en Europa, en cuantas ocasiones se le propició acá se trajo sus huestes, con un Patton en plan duque de Alba y un Eisenhower a lo Alejandro Farnesio. Los Reinos Unidos de España tuvieron un Flandes donde derrochar hombres y dinero, quemar herejes y defender la fe; los Estados Unidos de América, en su afán de emular nuestras gestas, se fueron a Vietnam a derrochar lo mismo, quemar comunistas y defender la democracia.

¿Y no es la hegemonía del dólar una parodia del escudo español, moneda ansiada por todas las potencias, aun enemigas? Carlos V fue un viajero incansable y Nixon no quiere irle a la zaga; ¿le obligará el watergate a retirarse a un Yuste californiano? Pero a los yankis les falta nuestra fortaleza de espíritu, grandeza de la raza y la defensa de la fe; y eso no nos lo podrán copiar nunca.

CALVINO DE RIOJA Y DE JEREZ



EL HIJO QUE NO LLEGABA

Llevaban más de veinte años casados y sólo oscurecía la felicidad del matrimonio la sombra de la no descendencia.

Pero la esperanza es lo último que se pierde, por lo que todos los días, al despertar en los primeros albores de la mañana, el amantísimo esposo se dirigía a la habitación de su mujer, entreabría la puerta y sin asomarse al interior, preguntaba: —Lola, ¿notas algo?—. Ella, con voz triste y somnolienta, contestaba: —Nada, Juan, no noto nada—.

Juan, mientras cerraba la puerta, trataba de consolar a su pareja con la frase por más de veinte años repetida: —Dios no lo ha querido, Adelina—.

Tras una ducha y vestirse, todo ello tratando de hacer el menor ruido posible para no despertar a Adelina, recogía su pijama, del que hacía una apretada pelota, y colocaba éste en un rincón de su cuarto. De allí lo recogería Adelina para lavarlo, nada más levantarse, como desde hace más de veinte años viniera haciendo.

Cuando llegaba a la oficina se enfrascaba en su trabajo y podía olvidar, poniendo todo su sentido en lo que hacía, que su matrimonio no daba el fruto soñado.

Alguna culpa que no acertaba a descubrir debían estar pagando.

—Dios castiga sin palo —se repetía. Y eso le consolaba también a él.

HIERRO

Como parece ser que nuestra civilización sólo tiene unos pocos años más de vida, Hermano Lobo se complace en ofrecer a sus lectores algunas viejas técnicas que le pueden ser útiles el día de mañana, cuando volvamos a las civilizaciones anteriores al invento de la rueda.



A. Construcción de apartamentos de lujo con vistas a la sierra.



B. Id. de muros protectores de la propiedad privada.



C. Construcción de proyectiles de carácter disuasorio y defensivo.



D. Fabricación artesana de plusvalías para ser vendidas directamente del fabricante al consumidor.

